

picantes y en su *Vida de Juana de Arco*; la Italia del Renacimiento, en *El Pozo de Santa Clara*; el siglo XVIII, en *El Figón de la Reina Patoja*; la Revolución Francesa, en *Los Dioses tienen sed* y en algunos cuentos; los días contemporáneos en varias; y también los tiempos futuros, en la fantasía que cierra *Sobre la Piedra Inmaculada*.

Espíritu precavido contra las asechanzas de la superstición religiosa y nada propenso al misticismo y al ascetismo, retoño de la *Enciclopedia*, nieto de Voltaire, se ha complacido sin embargo en relatar con aparente credulidad, con candor infantil, leyendas piadosas, milagros, vidas de santos, conversiones. Bien es cierto que si en estas historias manifiesta el poeta su afición a las almas simples, rudas, ingenuas, también pone el humorista, aunque disimulándola voluptuosamente, su maliciosa sonrisa. Otro escritor, aún más anticlerical que Anatole France, asimismo contó leyendas de santos. Me refiero al gran portugués Eça de Queiroz, autor de las vidas de *San Cristóbal*, *San Onofre* y *San Frey Gil*. Pero los dos maestros han tratado la hagiografía con diverso sentido: France, por pura complacencia de erudito y poeta, acaso aún influido por el dulce recuerdo de los relatos edificantes y los cuentos de hadas con que fué acunada su infancia; Eça de Queiroz, aunque magnífico poeta,—en cierto modo con propósito doctrinal, al poner en contraposición la verdadera santidad de las almas arrebatadas por el amor al prójimo y el ansia de sacrificio, con la rigidez del dogma y disciplina ecle-